

## Personajes

Raúl Gómez Lonzano

El frío de un invierno incipiente cubría de fino hielo el suelo, como una capa de barniz sobre el mundo, el sol iluminaba con tímidos rayos las paredes de la Universidad y, atravesando sus grandes portales, dos curiosos personajes se adentraban en la Facultad de Economía. Uno de ellos, hidalgo enjuto, avanzaba inhiesto a lomos de un rocín tanto o más flaco que él. A su lado, paticorto y panzudo, caminaba su fiel escudero sobre un rucio resignado.

—Dígame, Sancho, que en este lugar, tan extraordinario que no sé bien si de país o mundo se trata, encontraremos aventuras que ensalzarán mi nombre y serán dignas de mi señora Dulcinea del Toboso —dijo Don Quijote.

—Pues no se lo negaré, que más sé yo de cabras que de aventuras, pero si tengo que dar mi opinión, que me lleve el diablo si no nos estamos equivocando de emplazamiento.

—¡Observa, incrédulo! Fíjate cómo esos malandrines fuerzan a ese noble. Vive Dios que, o bien son dos ladrones peligrosos que lo llevan a un lugar oscuro donde poder darle muerte, o no soy yo caballero.

El hidalgo señaló con su lanza a dos chicos que caminaban junto a un extraño hombre que vestía una antigua casaca inglesa.

—¡Alto, rufianes! —gritó Don Quijote—. Liberad a este gentilhomme al que lleváis cautivo, o sentid el frío de mi acero atravesando vuestros cuellos.

Los chicos se quedaron mirando al ser estafalario que les hablaba, sin saber reaccionar. Fue el supuesto prisionero el que tomó la palabra:

—Siento tener que corregirle, distinguido caballero. Permítame que me presente. Mi nombre es Adam Smith, y no son estas personas que me acompañan dos bribones que me llevan a la fuerza. Mas al contrario, ambos son amigos míos, con los que estoy compartiendo un enriquecedor debate sobre la riqueza de las naciones.

Tras las pertinentes explicaciones, los tres acompañantes prosiguieron su camino. Lejos de desmoralizarse por su decepcionante primer encuentro, hidalgo y escudero continuaron escrutando la Facultad. No tardó mucho Don Quijote en tirar de las riendas de su rocín, frenando su paso mientras alzaba su voz tal como si gritara un demonio:

—¿Y ahora dirás, Sancho mío, que tampoco es esta aventura? Observa y niégame, si osas, que estamos ante cientos de almas en pena, obligadas por sus pecados a guardar silencio absoluto.

Sancho observó la sala a la que se refería su amo, y replicó:

—Mucho me temo, señor mío, que esto que usted ve no son espíritus, sino estudiantes o bachilleres, y permanecen en silencio porque el que anda en silencio cazar espera, y creo yo que, aunque no presas, querrán llevarse a la sabiduría a casa.

—Ignorante te muestras, pese a las decenas de desdichas que a mi lado has vivido, en lo que se refiere a la noble caballería. Dígote yo que estos son almas errantes, y que aquel que aguarda en la puerta, impidiendo nuestra entrada, debe ser, sin duda, el villano que les obliga al dolor eterno. ¡Non fuyades, malandrín!

Ante el grito del hidalgo, el susodicho caballero puso su dedo en la boca rogando silencio.

—Le suplicaría, señor, que bajara la voz. Aquí dentro tratan de aprender mis teorías.

—¿Ve, mi señor, como eran estudiantes? —replicó Sancho.

—Audaz Sancho, no vuelvas a corregirme o mi ira caerá sobre ti. Dígame pues —dijo don Quijote señalando a su interlocutor—quién es su señoría para ser estudiado. Imagino que debe ser caballero andante como yo, que no hay ciencia más avanzada que aprender que la de la noble caballería.

—Algo nos une a ambos, pero me temo que no es la caballería, sino la locura. Y no es eso lo que estudian. Trato de hacer entender a estos chicos que la estrategia óptima, con el fin de obtener la maximización de resultados, depende de que todos los miembros implicados tomen la decisión que beneficia al grupo, obviando para ello la decisión más beneficiosa a título individual, que siempre será más ineficiente.

—No he entendido palabra —musitó Sancho.

El hombre que cubría la puerta de la biblioteca sonrió.

—No es tan difícil. Es un simple juego.

En aquel momento, el estruendo de una carcajada proveniente del otro extremo de la facultad interrumpió la conversación.

—¡Vamos, Sancho! —gritó Don Quijote, dirigiéndose al lugar del alboroto.

—Paréceme a mí esto una pendencia de taberna más que aventura, señor.

—¿Taberna en un supuesto templo de la educación? Sancho, obligado estás a reconocer la contradicción en tus palabras.

Llegó el hidalgo al lugar en que nació la risa, y encontró en él decenas de jóvenes alborozados, que compartían bebidas y apuntes. Frenó Don Quijote con su lanza a uno de ellos:

—Explícame, mancebo, qué es este jolgorio tan ajeno al placer del conocimiento que según mi escudero profesáis.

—Bueno, es lo normal dentro de la cafetería de la Universidad.

—¿Cafetería? ¿En una Universidad? Debo reconocer mi estupefacción. ¿No sois, acaso, nobles estudiantes?

—Y personas. Y la Universidad no solo nos sirve para desarrollar nuestra mente, señor, también forja amistades que perduran a través de los años.

Pensativo se quedó Quijote, hasta que Sancho le gritó desde la puerta del exterior.

—¡No quería usted escucharme, y tenía yo razón! Venga usted y aproxímese a mi vera, señor, que verá algo que no me cabe duda que le interesará.

Se acercó el hidalgo allá donde le solicitaba su escudero y, nada más llegar a la puerta, observó que, contigua a la Facultad de Economía se alzaba la Facultad de Letras.

En aquel momento, un joven salía de aquel edificio con la cara descompuesta. Miró frenéticamente a todas partes hasta que sus ojos toparon con hidalgo y escudero. Entonces su rostro mutó en una amplia sonrisa, y se aproximó con decisión a la Facultad de Economía.

—Aquí estaba... me había asustado. Se me debe de haber caído.

Se agachó y recogió de la puerta su ejemplar de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Con el libro en la mano, echó un ojo dentro de la Facultad. Vio a aquellos dos chicos que debatían sobre Smith y Ricardo mientras sujetaban *La riqueza de las naciones*, observó la enorme biblioteca repleta de estudiantes preparándose para sacar adelante el examen de la teoría de juegos, y escuchó las risas provenientes de la taberna.

—Economistas... menudos personajes —murmuró.